

UNA ESTAFA MORAL (NOVELA CORTA)

José de Córdova y de Córdova

Solamente como corolario de una serie de circunstancias fortuitas vino a parar a mis manos toda la fortuna de los Vargas Pachuca. Fue algo casi tan difícil de repetirse como un acierto, de los catorce resultados de la quiniela futbolística en tarde de sorpresas y empates por esos campos de Dios.

Mi familia, los Vargas Pachuca, desciende de un tronco de antigua raigambre sevillana. El vocablo "desciende" ha de admitirse en el sentido hereditario, por todos, en vez de descender, geográficamente hemos "ascendido". Desde hace tres generaciones atravesamos hacia arriba "lo de Despeñaperros" antes de cumplir la quincena.

Yo, Javier de Vargas Pachuca, de treinta y nueve años de edad, acostumbrado a pasar la existencia en el modesto y poco complicado enchufe de mi cargo de oficial primero de la Dirección General de Deudas Compensadas, he reunido una fortuna apetitosa gracias a una serie de desgracias familiares capaces de llevar al ánimo de los conocedores de ella la absoluta convicción de que un sino adverso, cruel y maléfico señalaba el camino de los Vargas Pachuca.

Mis tíos Jorge y Petra, al cabo de cuarenta años de sudar tras su mostrador provinciano, habíanse puesto a visitar todo lo que de curiosidad o mérito existiese tras los Pirineos. Y, efectivamente, en el trayecto de Tarbes a Pau se les cruzó una moto y los dos fueron a dejar sus sesos en un poste indicador de la carretera. Precisamente allí donde un anónimo benefactor de la Humanidad había colocado un letrero: "¡Cuidado con las curvas! ¡No perder la cabeza!".

Mis primos Juanito y Concha, recién casados, en vez pasar la dulce temporada de las ilusiones en alguna de sus fincas extremeñas o andaluzas, se liaron a visitar poblaciones raras -a juzgar por los nombres de data de sus tarjetas postales- y no pararon hasta estrellarse a bordo de un "Constellation" en uno de los fiords noruegos, a miles de kilómetros de sus verdes y templadas campiñas de la patria chica. Cosas del ser humano. Viajar sin enterarse siquiera de lo que ven, por sitios absolutamente desconocidos y sin la atracción del clima o la compañía amical por lo menos.

Otras dos personas que coadyuvaron con su óbito al redondeamiento de mi capital fueron primo Bonifacio y tía Ernestina, que se pasó seis años desde la muerte de su marido arreglando papeles, deudas, traspasos, derechos reales, transferencias y toda clase de lías más o menos hereditarios, y cuando al fin todo quedara al día y recién abonado, se fue a mejor vida.

Mi primo Bonifacio fue el único que murió de muerte natural. Y digo natural porque Bonifacio -de nombre Jim Var en el mundo del boxeo- sucumbió de derrame cerebral tras el descomunal puñetazo que le propinara su rival Willy Chelby, "la Pantera Irlandesa", como rezaban los carteles del muy anunciado Campeonato de Europa de los pesos medios. Y fue lo más chusco que Bonifacio, que estuviera varios meses en Irlanda para conocer mucha gente, en décimas de segundo perdió todo el conocimiento.

Total: unos por muerte directa y otros por azares de la fatalidad terminaron por poner en mis modestas manos de oficinista un capital de muchos ceros. A la derecha, que es donde valen.

El mismo día que descubrí la cifra exacta de mis pertenencias, en cifras redondas dieciséis millones de pesetas, presenté la dimisión irrevocable de mi cargo. Nunca pensara que tenía tales arraigos entre mis compañeros y jefes. Unos, por la costumbre de verme todos los días a su vera; otros

porque les ayudaba a sacar crucigramas y acrósticos; aquéllos, porque animaba la discusión de todos los lunes relativa a los partidos del domingo, y el jefe porque le traía vales de cierto teatro de revistas, es lo cierto que mi "jubilación voluntaria" causó pena y sentimiento por doquier.

Como mi marcha venía a ser una defunción, bien que sólo en la escala sucedió lo que sucede siempre con todas las defunciones. Se descubrió la enorme cantidad de buenas cualidades que atesoraba, sobre todo al causar baja y dejar puesto libro para el ascenso a numerosos compañeros. Y, aunque a regañadientes, también se alegraron bastantes con mi fortuna aparatosa. El que más y el que menos se hizo ilusiones de ocupar el asiento de mi auto alguna vez o de conseguir tal ventajilla subsiguiente a tener un amigo potentado.

Convencido de que la fortuna no me dejaría transcurrir mi vida con tranquilidad y que tendría que aguantar más sablazos que maná recibiera Moisés para su pueblo en el exilio, tomé la determinación de viajar para conocer ese mundo que sólo adivinara desde las rejas-ventanales de la Dirección de Deudas Compensadas.

*

Sensata idea fue la de visitar, antes de partir, al egregio facultativo don Hermógenes Pincho de Lara, especialista en toda clase de especialidades. Me costó Dios y ayuda conseguir hora para su consulta, pues al buen doctor le sucedía lo que a los toreros de cartel: cuantas más muertes causaba, recibía más contratos.

A los quince días de solicitar la consulta me encontré en presencia de un ayudante del ilustre académico. Eso sí: tras tragarme siete revistas atrasadas de cuatro meses, hecho tradicional en la sala de espera del 99 por 100 de los doctores y odontólogos. Y que no hubo escape: o leer las revistas antañonas o injerir seis tomos con historias biográficas del distinguido doctor. Desde aquella famosa "Los amantes de la Médicis" hasta "Don Luis Mejía era un peripatético", toda la gama de biografías noveladas que Pincho de Lara escribiera en sus ratos de aburrimiento. Los mismos que aprovechaban sus ayudantes para -en nombre del ilustre doctor- clavar a los visitantes de mil pesetas para arriba por la consulta, corta de visita y larga de espera hasta conseguirla. Y para ver, su acaso unos segundos, el eminente hombre de letras y académico de todas las Academias del Reino, ya que los vejestorios que las poblaban, para halagar al doctor y tenerle a su lado en momentos de apuros fisiológicos, le presentaban y votaban en cualquier vacante.

En fin. Un poco de ausculteo, otro poco de toma de presión y sus minutos de curioso radioescópico... Gestos ambiguos en la faz del galeno y ayudante más cercano y la cita para dos días más tarde para... "concretar" después de algunos análisis.

¡La catástrofe!

No recuerdo el nombre de la enfermedad, pues después del terrible trago de mi sentencia, cualquiera se metía ya en averiguaciones. Con cara de circunstancias, el ayudante de don Hermógenes me preguntó si tenía familia, y una vez que le dije que estaba solo en el mundo dictaminó:

-Mucho mejor para usted.

-¿Por qué?

-Porque así no tiene a quien disgustar con lo que voy a decirle.

-Dirá usted peor. Teniendo a quien contarle las cosas, son dos espaldas para cargar con penas y alegrías.

-De esto último ninguna queda con que amarle. Su estado, amigo mío, es desesperado. Para qué voy a engañarle.

-Pero, doctor...

-Si no tiene a nadie a quien decírselo, por fuerza hay que decírselo a usted. Padece usted una... (aquí un camelo irrecordable) con complicaciones de la aorta y lesión en la válvula de no sé dónde y, además, otra cosa de los bronquios... Total: nueve meses de vida como máximo.

¿Y para eso me salió la visita por dos mil pesetas, entre unas y otras cosas?

A hora y media de distancia del trágico anuncio y con ocho o diez copas a mis espaldas, 'empecé a ver claro' mi porvenir.

-¡Amigo Javier: te queda muy poco de vida! Eso impone pegarse una existencia de vértigo. Considera que no hay nadie a quien puedas perjudicar con tus fantasías y extravagancias.

Pensé con calma en el destino final de esos dieciséis millones que quemaban mis manos tras haber proporcionado antes los más optimistas empleos a mi espíritu. Tumbado en cómodo diván y contemplando las fantásticas creaciones del humo del veguero, dediqué un par de horitas a reflexionar. ¿Resultado de tan larga sesión de reflexiones? La deducción de que en seis meses no puede gastarse el dinero heredado, de no tirarlo materialmente, proceder a todas luces insensato.

Viviendo seis meses y sin comprar nada (que queda inútilmente y sin dueño), sino viviendo al día es lógico pensar que con quince mil pesetas se puede vivir -aun acompañado- en el palacio más rico y empingorotado. Pongamos los ocho meses, por si acaso. Son doscientos cuarenta días, o su equivalente en metálico, dos millones cuatrocientas mil pesetas. Sean tres millones, para redondear. Se impone, pues, decidir el destino de los trece millones restantes.

¿Mecenas de artes? Bien. Vamos a especificar los detalles. ¿Novela, teatro, cine, pintura, música, escultura...? Es digno de loa el gesto de descubrir y enaltecer a las figuras artísticas de la Patria.

A ver. Un Gran Premio de Novela. Naturalmente, se llamará Vargas Pachuca. Y se concederá anualmente y con una dotación jamás conocida. Pero..., ¿en quién se puede confiar para Jurado de tan importante premio? Los seres humanos son de barro. Nada de novelas.

¿Teatro? Mi mecenazgo puede contribuir al descubrimiento de un Benavente o Echegaray, grandes figuras galardonadas internacionalmente. Mas es difícil olvidar que la gente no demuestra su afecto hacia esa faceta de las Bellas Artes.

Además, puede ocurrir que mi desprendimiento sólo sirva para enriquecer a los desaprensivos guchipanes escondidos entre la maleza de los bastidores y esperando cada día nueva víctima a quien saquear. El autor a quien mi premio elevase vería desaparecer aquél entre las rapaces garras de directores, primeros actores, empresarios y representantes desprovistos de vergüenza y decoro. Con las sabidas excepciones, como es de suponer. Es muy difícil estrenar ahora "por las buenas", sin tallar, untar o repartir derechos con los "especialistas" de turno.

Descartado el teatro.

¿Y el cine? Influye grandemente sobre el público. Una excelente película sirve de altavoz para las bellezas del país, atrae numerosos turistas si se acierta a dar buena impresión fotográfica y temperamental de la Patria, sostiene infinitos trabajadores de todas clases: intérpretes, técnicos, obreros... ¡Voto por el cine! Pero... ¿será suficiente la cifra disponible? Trece millones son bastantes para la vida de un hombre. Y no son muchos para las enormes sangrías de todas clases que la

ejecución de un buen film precisa. ¡Y tienen tan mala fama como administradores nuestros técnicos! ¡Cuántas películas quedaron a medio hacer! Sería necio tirar el dinero y no hacer nada de provecho. Y con lo que tardan, entre nosotros, esos tipos de encargo. Me moriría y ni siquiera tendría el placer de asistir al estreno de "mi obra".

Dejemos el cine.

¿Premios de pintura y escultura? Tal vez. Pero recordemos que hace unos meses se celebró un Congreso Internacional de Bellas Artes y en él ni los propios pintores pudieron ponerse de acuerdo en ninguno de los temas sometidos a discusión. Cada asistente, además, se anunciaba creador de un estilo nuevo: los supraestilistas, los futurovistas, los quiméricos, os esotéricos... Y no sé cuántas escuelas más sustentadas por buenos señores provistos de largas pipas, barbas o bigotes engomados... Si ellos no saben elegir la verdad del arte, ¿quién va a servir de Jurado en mis premios?

No es justo ayudar al enloquecimiento de los públicos y menos ensalzar a arribistas sin conciencia.

¿La música? Igual peligro que en las artes superiores. ¿Quién es el depositario del arte verdadero y honrado? Si vamos a los teatros sólo se oyen jipíos folklóricos o músicas ramplonas y exóticas. ¡Con decir que el culto a los "tam-tam" y chillidos de la selva se adueñó de los escenarios y salones de baile está todo dicho!

En aquel momento un rayo de luz iluminó mi mente. ¡La caridad! Ese debía ser el norte de mis actividades de filántropo.

Mi "otro yo" me musitó *in mente*:

-Tratas de posterizar tu nombre. ¿Sí o no? Sé sincero. Un edificio para la caridad durará por lo menos cien años. O más si consigues que luego lo arregle y reforme el Estado llegado el tiempo de su ocaso. En él colocarán tu busto, costumbre inefable de todas esas dádivas a posteridad. Además de hablarse de ti, haces un bien a tus semejantes. Estos te ensalzarán merecidamente. Y lo mismo los periódicos, que reproducirán cientos de veces tu figura saturándola de adjetivos ditirámicos. De los muertos hablan bien hasta los propios colegas de profesión, porque ya no les pueden hacer la competencia. Incluso puedes llegar a conseguir alguna callecita del extrarradio si atinas a interesar a algún concejal que ampare tu idea filantrópica y la preste el marchamo oficial.

¡Espléndido! Y, además... ¿Es que acaso no lo pensaste? Da una nueva muestra de tu sinceridad. En aquel rincón de tus entresijos intelectuales albergas el pensamiento de comprar, ¡al ciento por uno de las escrituras sagradas!, un buen aposento en tu ascensión al Supremo Tránsito del Más Allá.

¡Ahí es nada! Busto o estatua, artículos y fotografías, calle o plaza, oraciones, buena fama y un "casi seguro" para después. ¡Buen negocio, querido Javier! No vaciles un minuto más. Se trata de la mejor inversión apetecible.

*

Como con dinero todo se consigue, compré altos terrenos, me avisté con un arquitecto de Inmobiliarias especializado en construcciones contra reloj y un mes más tarde progresaban los trabajos de cimentación de mi magnífico sueño de caridad.

Prescindí de concursos que el tiempo impedía convocar. Vi unos cuantos modelos, casi como en los almacenes de ropas hechas, y, tras algunas indicaciones de transformación, el arquitecto y el aparejador se pusieron manos a la obra.

Transcurrió una semana sin decidirme por el destino de mi edificio caritativo. Nada de hospitales con su lúgubre corolario de operaciones y muertes... ¿Centros de asistencia para solteras impacientes? No. Conceder salvoconductos, soslayar dificultades a las pecadoras más o menos voluntarias puede ser caritativo desde cierto punto de vista, no desde el moral.

¿Lugares para vivir los veteranos de diversas profesiones? Además de que el Estado o sus propios Gremios se ocupan de los ancianos correspondientes a cada profesión, sería para mí enredoso y a la postre injusta la elección del oficio al que dedicaría mi establecimiento benéfico. De todos modos, con uno u otro nombre: un asilo.

¿Guarderías o jardines para niños sin padres? No son prácticos sin el verdadero ángel tutelar de todo niño: su propia madre.

¡Una idea! El único problema aún latente en todos los confines de la tierra y para el cual los gobernantes más duchos sólo han podido lograr paliativos es el de los parados. Los subsidios obtenidos en algunas naciones para los trabajadores carentes de labor vienen a ser, las más de las veces, una limosna disfrazada. ¿No sería mejor proporcionarles un hogar donde hallar comida y habitación en esos momentos difíciles de falta de trabajo?

Pensado y... ¡manos a la obra! En primer lugar, y dado que los tiempos son caros para el capítulo de materiales, emplearía mi dinero edificando algo a estilo americano, práctico y sin adornos inútiles ni decoraciones ostentosas. Grandes naves bien ventiladas y el terreno aprovechado hasta el máximo para albergar el mayor número posible de beneficiarios. ¡Eficacia ante todo!

De acuerdo en lo principal con el arquitecto y demás técnicos consultados, y solucionada la parte administrativa con la elección de funcionarios honrados y eficientes, me dediqué a resolver una parte fundamental de mi labor: a quien albergaría mi ejemplar mansión caritativa. ¿Jóvenes? No. Con su salud y energía pueden desenvolverse más fácilmente y luchar. ¿Ancianos? Desechados. Ellos, además de su jubilación pueden obtener puesto en los asilos. El momento más difícil para conseguir plaza de cualquier oficio en fábrica o almacén es aquel en que el ser humano no es fuerte ni tampoco caduco. Después de los cuarenta y cinco años, hasta en oposiciones y concursos está desestimada dicha edad. Y, sin embargo, el hombre tarda aún veinte años en ser jubilado. ¿Con qué se defiende en ese lapso de tiempo? Elegida, pues, ésta edad. De cuarenta y cinco a sesenta y cinco años.

¿Plazo de duración de la ayuda? Como es de suponer que cada productor trate de hallar lo antes posible acomodo laboral y a todos debe proporcionarse su oportunidad, tengamos tres meses recogido al parado involuntario.

El detalle de la admisión es importante. Nada de recibir "maulas", seres que estuvieron parados siempre. No puede convertirse la institución nonata en refugio de vagos. El trabajador, antes de ser admitido, ha de presentar un pequeño certificado o informe de donde trabajó antes. En esto el reglamento será inexorable.

El número de plazas se determinaría definitivamente en el plazo más breve posible anterior a la inauguración del edificio y de acuerdo con los medios que hayan quedado tras la construcción. No hay que hacerse demasiadas ilusiones con los técnicos de la edificación, que a su vez marchan a remolque de las carencias de material o de la carestía y dificultades de adquisición y transporte.

Puesto todo en marcha y depositado en Bancos el numerario correspondiente, me dije:

-Ahora, ¡a vivir!

*

Precisamente porque mi existencia habíase convertido en una especie de carrera sin meta, mi sentenciado interior saboreaba cada día con extraña mezcla de alegría y pesar.

Mi antigua vida de cangilón de noria en la oficina estatal habíase tornado en desenfrenada busca de cuanto de interesante, sabroso, pintoresco, bello y apetecible ocupase un rincón no importa dónde. Y como al mismo tiempo se desenroscó en mi la oculta serpiente de la insaciable curiosidad atenazándome sentidos y deseos, cada jornada transcurrida, erizábame el ansia de descubrir al día siguiente algo nuevo a cualquier precio.

Yo, Javier Vargas Pachuca, me convertí en turista de los cinco continentes y en estudiante de cualquier turné o crucero, aunque fuese al propio centro de la tierra. Correr, volar, azuzado por el ansia incontenible de verlo y saborearlo todo.

Ni siquiera intenté buscar una amical compañía, un bálsamo a mi amarga soledad. ¿Para qué? Amistad o amor sólo servirían de rémora a la insatisfecha búsqueda de emociones y sorpresas. A semejanza del desgraciado que vacía innumerables copas en busca del olvido o la excitación que le ayuda a sobrevivir o salir de su marasmo moral, no paraba dos días seguidos en el mismo sitio y quería hartarme de aventuras yuguladas, a menudo, en su comienzo. Un afecto podía sujetarme el corazón y detenerme en la marcha. Mi destino presentaba un trágico paralelismo con el del Judío Errante; caminar, caminar siempre...

El último descendiente de los Vargas Pachuca, libro de cheques en bandolera, pisó las carreteras de Ascot y Longchamps, todos los casinos del mediodía galo, Cannes, Deauville, Montecarlo... Y por triste ironía de la suerte, ésta se le hizo esclava, y al que le sobraba dinero o trataba de quitárselo de encima, la diosa Fortuna le sembró de aciertos y estuvo a punto de desbancar en un casino mediterráneo.

Eso más se encontraron las casi olvidadas construcciones. Con lo presupuestado y los envíos diversos desde el corazón de Europa, el establecimiento para veteranos en crisis de trabajo avanzó a pasos agigantados y pronto se me avisó de su cercano estreno para la próxima quincena.

Se anunciaban pomposas ceremonias, la asistencia probable de un ministro y dos directores generales, la bendición de una alta jerarquía eclesiástica...

Pero, como recordé que todo había quedado en buenas manos, puse cualquier pretexto y ni pisé la capital el día de la inauguración de mi obra, ya famosa antes del inicio. Todas las referencias periodísticas y hasta interviús se habían hecho a un ser fantástico que nunca se presentaba ante el reportero obligando a éste a tejer quiméricas entrevistas y a ilustrar sus artículos y crónicas con fotografías compuestas o simples caricaturas. El halo de misterio que rodeaba el asunto no hizo sino aumentar la curiosidad pública en todos sentidos. Infinitas versiones, no todas amables para el filántropo, trataron de explicar la extravagante norma de admitir tan sólo a parados, y de cuarenta y cinco años cumplidos.

Para su falta de asistencia al acto inaugural me puse de pretexto a mí mismo que no valía la pena de prescindir de varios días de mi ya corta existencia. Si hacía una caridad a los demás, no era justo que los otros me fastidiasen mis mejores días. Mi canto del cisne...

Van seis meses de zarabanda turística y acabo de pasear las últimas grandes avenidas de Estado Unidos, la actual nación rectora del Universo. Mis potrereros pasos señalaron hitos en la Quinta

Avenida y el Broadway neoyorquinos, el Sunset Bulevar de los Ángeles, la avenida Michigan de Chicago...

Durante todo ese tiempo pasado, el sentenciado no ha vuelto a acordarse de su próximo fin. Se había jurado a sí mismo olvidar en absoluto cuanto pudiese causarle la menor sorpresa, molestia, herida moral o simplemente desagrado para su habitual existencia. Comer de todo -nada de régimen de ninguna clase-, beber la vida a grandes tragos, conocer todo lo divino y humano que estuviese al alcance de cualquier individuo... Y si estaba escrito que un día llegase el momento fatal de su existencia -su noche triste-, que le pillase ahito de extravagancias y fantasías sin dejar que faltase una nota de pulsar en el clavicordio de sus deseos y apetencias.

Si sentía un puntazo amenazador de estropearle la simpática velada amical o la amable cita prometedora de dulces emociones, recurría a sus inyecciones "de optimismo". Llamaba así un combinado especial a base de frutas, que le descubriera cordial acompañante de jarana nocturna en un cabaret de los alrededores de Río. Luego había resultado que el acertado acompañante era nada menos que un fabuloso barman que distraía sus ocios y sus millones correteando mundo por ahí. Si no se hubiera prometido rigurosa libertad y aislamiento para su turné interuniversal, de buena gana aceptara la compañía del alegre compadre de francachela.

Excepto algún día que otro más o menos febril y un buen catarro allá por las lindes del Ecuador, apenas sufrió Javier Vargas Pachuca sobresaltos de salud.

De pronto...

*

Una bella mañana se disponía a iniciar un crucero por las islas Bahamas, cuando echó algo en falta. ¡Eh! ¡Carape! Apenas restaban doscientas mil pesetas. Eso suponía unas tres semanas más de vida. Y, sin embargo, no sentía avanzar al taimado enemigo que había de matarle. Se acercó al espejo y trató de "sondear" los avances del mal. No encontró nada de particular en su semblante. Al contrario. La vida marina de los últimos tiempos le había pigmentado la piel y hasta prestado un tinte de juventud francamente animador.

¡Es terrible! -pensó-. Cuando mejor me encuentro y más saludable son mi fortaleza y temple -al menos en apariencia- he de pagar mi tributo a la Naturaleza. ¡Qué crueldad tan sutil la de la famosa "Madre" Naturaleza! Finge mi mejor estado precisamente en vísperas de mi total aniquilamiento.

"De cualquier manera -pensé-, mi final se acercaba de todos modos: en lo físico y en lo económico. Ni siquiera iban a salirme bien las cuentas crematísticas. ¡Mas era tan agradable emprender aquel último crucero en compañía de millonarios y por un clima delicioso poblado de maravillosas perspectivas de paisaje!"

Por un instante se alojó en mi cerebro la idea de visitar a un científico extranjero para que constatare los días que me quedaban de vida, pero luego me dije que, si no sentía nada doloroso ni inquietante, bien tonto sería de buscarme preocupaciones. ¡Al crucero!

Aquellas semanas se me hicieron, más que cortas imperceptibles. Transcurrieron los días sin sentir escuchando aquellas suaves y dulces melodías, viendo danzar a aquellas hembras nativas en sus ondulantes balanceos, gráciles como las palmeras inevitables de sus paisajes de ensueño. Hasta los naipes se asociaron a mi buen momento y me ayudaron a llegar a los últimos días de la travesía que, de otro modo, hubieran ofrecido un panorama un tanto ahogado de cuentas...

Al desembarcar en un puerto italiano, y notándome más animado que nunca, pese a la escasez de numerario, decidíme a visitar a un doctor para salir de dudas.

-Doctor -dije al empezar a ser reconocido-, puede hablarme con toda claridad. Soy sólo en el mundo y sé que mi fin está rondando. ¿Cuántos días, aproximadamente, me quedan de vida?

Aquel preámbulo hizo que el facultativo me auscultase detenidamente y me acercase luego al aparato radiográfico. Al final, dictaminó:

-Español, nueno umore. Aún puede vivir mile de jornadas.

-Imposible. Me quedan pocos días de vida.

-Tutto forte. Tutto giovine. ¿Data quarenti anno? Io pronosticare oltri quarentti.

Quedé como quien ve visiones. Y el facultativo, ante aquel gesto extraño de un paciente sorprendido y un tanto disgustado por el anuncio de que dispone de una salud inmejorable, no pudo menos de formarse pobre idea sobre la integridad de mis órganos mentales.

Con los escasos billetes salvados del naufragio económico, aterricé en Madrid. Como una bala, personéme en la consulta de don Hermógenes y hasta logré echarme a la cara a aquel ayudante que tan fatal pronóstico me avisara.

Casi ni me dejó hablar.

-¡Está usted mejor que nunca! Basta mirarle a la cara.

-¿Quién es el guapo que se fía de ustedes? Su registrándome con aparatos y tras varios análisis se equivocaron de medio a medio, es imposible que ahora les conceda el menor crédito. Casi estoy por echarme a temblar ante su aserto de que me encuentra mejor que nunca.

-Haga el favor de acompañarme.

Me retiró del bullicio clásico de la consulta del célebre don Hermógenes, y en un rincón me abrió su pecho.

-Todo ha sido el fruto de un lamentable error. ¿Recuerda usted aquella enfermera de los ojos de abismo, que miraba de una manera...?

-¡De bandera, amigo! ¿Dónde está?

-Se nos casó. En aquellos momentos de la visita de usted andaba la pobre excitadísima por los celos. Su novio y actual marido cortejaba a una vicetiple de Martín, y la morucha no daba, materialmente, pie con bola. ¡Con decirle a usted que a una señora que padecía diabetes le entregó un diagnóstico de falta de azúcar, y la desdichada señora se atizaba un kilo largo de pasteles y natas edulcoradas por día! Terminó por aumentar veinte kilos y ponerse como un tonel. ¡Ella que le hacía falta adelgazar! Fue una verdadera catástrofe el noviazgo de Julita. Entregó docenas de regímenes y radiografías cambiados. Y como a usted le vio el primer día un doctor y salió de viaje cuando usted vino a recoger los análisis, yo no hice otra cosa que observar la radio de un casi moribundo que aparecía con su nombre y dictaminarle de acuerdo con ella.

-¿Pero, entonces, el otro, el que tomó la mía...?

-Tuvo la gran suerte. Nunca hubiera visto a su familia, pero, animado por mis optimistas prescripciones, tomó un avión y marchó a América. Claro que el aparato le dio la puntilla, pero aun

así llegó a tiempo de ver a sus hijos y morir en sus brazos, lo que no hubiera hecho quedándose aquí.

-El otro puede que tuviera suerte, pero, en cambio, yo sufrí protagonista de un drama cruento. Contando con mis seis meses cortos de vida, recorrí el mundo entero a paso de carga.

-¡Magnífico! Ahora, que le quiten lo bailado.

-Pero he derrochado todo mi capital. Dieciséis millones volatilizados.

-Le envidio, señor mío. Y seguramente sin la amenaza mortal azuzándole la espalda, jamás hubiera intentado sus proezas aventureras. ¡Menuda existencia se debió pegar!

-¡Pues eso es lo terrible, lo trágico! Lo de ustedes fue una verdadera estafa moral. Ahora no sirvo para nada y ni siquiera me queda dinero.

-Tendrá amistades.

-No me ocupé de enlazarlas y olvidé las anteriores. Nadie quiere ser amigo de un condenado a muerte. Y a los pocos posibles, sería inmoral pedirles dinero que no podría reintegrarles.

-Trabaje.

-¿Para qué puede servir ya un hombre acostumbrado a tirar diariamente varios miles de duros?

El ayudante de la celebridad me observaba con ojos entre atónitos y asustados. ¿Me tomaría por un loco latente o preparado a estarlo?

¡Oh!

Al fin, tuve un pensamiento sensato. ¡Cómo no se me había ocurrido antes! El doctor me miró por última vez con mirada preñada de todos los recelos imaginables.

Y digo por última vez porque, de un formidable respingo, abandoné la salita de visita y me lancé escaleras abajo.

¡Tonto! ¡¡Decididamente imbécil!! Estarme preocupando de las mezquinas necesidades diarias cuando había sembrado millones en un establecimiento modelo para atacados, precisamente, de mi mal. Yo estaba parado y sin numerario. Exactamente en el caso que previene con mi filantrópica creación.

El último dinero de mi bolsillo sirvió para trasladarme en un taxi hasta las puertas del Instituto Benéfico de Recuperación. Así habían bautizado a mi donación los señores del Patronato.

Un conserje muy autoritario paró mis primeros pasos en dirección al edificio.

-¿Qué desea?

-Ver al director.

-El señor director está en América.

Pensé en el secretario, también designado por mí.

-¿Y el señor secretario?

-En Alemania, a visitar a una hija gravemente enferma.

Quedé anonadado. Eran los dos funcionarios que conocía, y todo lo demás había quedado al arbitrio del Patronato. Y éste fue nombrado por un Ministerio.

-Lléveme ante el jefe superior del establecimiento.

Podían hacer "pendant" el referido jefe con su conserje. ¡Y yo que recomendé al director que escogiese personal idóneo y, sobre todo, amable con los pobres derrotados en el combate de la vida!

El conserje habló al oído con su superior, lo que me dio muy mala espina. Y, en efecto, cuando expliqué mi deseo de ingreso en el Instituto se miraron ambos funcionarios como confirmando su anterior opinión. No creo que anduvieran muy lejos de considerarme demente.

-¿Viene usted en demanda de ayuda y se presenta en auto?

-Llegué con las últimas monedas que me quedaban.

-Conducta denunciadora de poco seso. ¿Edad?

-Cuarenta años.

-Lo siento, señor. Los Estatutos señalan claramente el límite: cuarenta y cinco.

-Pero si he sido yo...

-¿Su certificado de trabajo?

-¿De qué trabajo? Sepa usted que soy el dueño de todo esto.

Y señalé ampliamente todas las pertenencias. Entonces se volvieron a mirar los dos empleados, ya sin disimulos.

-Señor mío: "Esto" -y recalcó con retintín- no tiene dueño. Lo dirige una Comisión de personalidades que forma el Patronato del Establecimiento.

Si me dejo llevar de mi genio, echo todo a rodar y soy capaz de hacer una sonada. Por tanto, con la más suave de mis maneras, rogué al funcionario:

-Solo le pido una plaza temporal en tanto pueda arreglar mis asuntos económicos. Y creo que usted tratará...

-¡Basta! Aquí están prohibidos los "maulas". Asimismo se especifica en el Reglamento de fundación.

Mi desesperación me hubiera llevado lejos si no aparecen por ambos lados de nuestro grupo sendos vigilantes del local. No había nada que hacer. Estaba cazado en mi propia trampa.

-Señor -terminó "mi" empleado-. Váyase buscando otro sitio para lo que desea. Aún es usted joven y en seguida encontrará trabajo.

Me acercó un periódico.

-¡Tome "El Instante"! Trae doce páginas de ofertas de trabajo. Examínelas tranquilamente en aquel altozano sentado al sol y luego diríjase, poco a poco, a las que más le convengan.

Me dieron con la puerta en las narices.

*

¿Qué hacer?

Es vergonzoso pedir dinero a aquellos a quienes invité tantas veces. No sabría hacerlo. No tengo un solo pariente. Visitaría al propio Ministro del ramo, pero me temo un resultado peor que el obtenido en el Instituto "Recuperatorio", donde no he recuperado ni siquiera el humor.

Mi amigo Revuelta, viejo picapleitos conocido de mis antiguos tiempos de penuria, aseguró que no tendría ni la menor probabilidad de sacarle dinero, ni aun en concepto de indemnización, al ínclito sabio y conspicuo académico don Hermógenes. Precisamente el actual gabinete ministerial está tratando de rodearse de técnicos y personalidades sobresalientes. Y, al parecer, cuenta con el polifacético hombre de ciencias para una de las carteras. No acabará el año sin ver al conocido facultativo en el banco azul.

Añadió humorístico:

-Lo siento por la literatura patria, que está de luto. En cuanto a usted, desengañado amigo, convéznase: las estafas morales no tienen sanción en los códigos.

Después de agotar todos los recursos imaginables, llegué un día, bien que al oscurecido, a situarme en una cola de Ayuda Social. ¡Ni ese recurso me sirvió! Un portero vino a avisarme que era un fresco y que si no me retiraba de la cola llamaría a un guardia para que me detuviese por hacer "el gamberro".

-¡Con ese traje -decidió- no se pone uno a pedir rancho!

¡Dios mío! ¡Qué tiempos corremos! Pensar que al hecho de suplicar un plato de caldo para no desfallecer de hambre se le puede llamar "hacer el gamberro". Y tener un traje limpio es inconveniente para comer. Si vendo el traje, lo último que me queda aceptable, ni siquiera podré visitar a nadie en demanda de trabajo.

En estos instantes estoy cavilando sobre la oportunidad de agredir a un guardia, a ver si aseguro, por lo menos, una quincena de fonda y comida, mientras dilucido en mi camastro mis futuros planes existencialistas...

(*El Español*, II Época, Número 395, Madrid, 30 de junio de 1956, página 36-41)

*

José de Córdova y de Córdova (Don Benito, 1902-Madrid, 1980) fue una de las primeras figuras del humor español, ejerciendo también como periodista.

Tuvo sus mejores "escenarios impresos" en *La Codorniz* y en *Don José*. Colaboró en todas las revistas de humor importantes de antes de la Guerra Civil, como *Charlot* y *Blanco y Negro*, así como también publicó novelas cortas en el semanario *El Español*.

Obtuvo el 1º Premio del I Concurso Teatral de la Peña de Artistas y Escritores Noveles (1950), el 3º galardón del Premio José María Zugazaga para cuentos de la revista "Umbral" (1953), con el Premio de las Provincias (1956), concedido por el Ministerio de Educación Nacional, y el Premio de Poesía Festiva de la Asociación de la Prensa de Murcia (1956). También obtuvo un Accésit en el concurso de guiones de televisión de Televisión Española (1959) y otro Accésit en los Premios Cauce del Círculo de Bellas Artes de Madrid (1960).

Fue autor de cinco libros: *Catecismo del soltero*, *Catecismo del casado*, *El Ladrón (Cuentos de humor en todos los colores)* (1937), *¿Por qué mandan ellas?* (1954) y *El Catecismo del Castigador (Cómo se domestica a las mujeres)*; todos ellos con un tinte verdaderamente machista, habitual en la época, donde el hombre era quien trabajaba fuera de casa y la mujer se tenía que quedar en casa simplemente al cuidado de los hijos y del marido.